

hormiguero, o de la misma colonia de hormigueros, no existe. Por terribles que sean las guerras entre las diferentes especies, y a pesar de las atrocidades cometidas en tiempo de guerra, el apoyo mutuo dentro de la comunidad, la abnegación en estado de hábito, y muy a menudo el sacrificio del individuo para el bienestar común, son la regla. Las hormigas y los termitidos han repudiado la «ley de Hobbes» sobre la guerra, y no dejan de hallarse bien por esto. Sus maravillosas habitaciones, sus construcciones, relativamente más grandes que las del hombre; sus caminos enlosados y sus galerías arqueadas debajo del suelo; sus salas y sus graneros espaciosos; sus campos de trigo, sus cosechas y sus preparaciones para transformar los granos en *malt* (1); sus métodos racionales para cuidar los huevos y las larvas y para construir nidos especiales destinados a la cría de pulgones, que Linneo ha descrito de modo tan pintoresco como las «vacas de las hormigas»; en fin, su valor, su atrevimiento y su elevada inteligencia, todo esto es el resultado natural del apoyo mutuo, que practican en todos los grados de sus vidas activas y laboriosas. Además, este modo de existencia ha dado necesariamente por resultado otro rasgo esencial de la vida de las hormigas: el gran desarrollo de la iniciativa individual, el cual, a su vez, ha conducido al desarrollo de esta inteligencia elevada y variada que llama la atención de todo observador humano.

Si no conociéramos otros hechos de la vida animal que lo que sabemos de las hormigas y de los termitidos, podríamos ya sacar con certeza la conclusión de que el apoyo mutuo (que conduce a la confianza mutua, primera condición del valor) y la iniciativa individual (primera condición del progreso intelectual) son dos factores infinitamente más importantes que la lucha recíproca en la evolución del reino animal. Y de hecho, la hormiga prospera sin tener ninguno de los órganos de protección de que no pueden pasarse los animales que viven aislados.

(1) La agricultura de las hormigas es tan maravillosa, que durante mucho tiempo no se quiso creer en ella. El hecho está tan bien probado actualmente por M. Moggrioge, el doctor Linceuin, M. Mac Cook, el coronel Sykos y el doctor Jenpon, que la duda ya no es posible.

Su color la hace muy visible a sus enemigos, y los hormigueros elevados que construyen varias especies son muy visibles en las praderas y en los bosques. La hormiga no está protegida por ningún caparazón duro, y su aguijón, aunque peligroso cuando centenares de picaduras criban el cuerpo de un animal, no es de gran valor como defensa individual, mientras que los huevos y las larvas de las hormigas son un verdadero regalo para un gran número de habitantes de los bosques. Sin embargo, unidas en sociedades, las hormigas son poco destruidas por los pájaros, ni los hormigueros tampoco, y, en cambio, las temen insectos mucho más fuertes que ellas. Vacinando un día Forel un saco lleno de hormigas en una pradera, vió huir a los grillos, que abandonaron sus agujeros al saqueo que efectuaron las hormigas; las cigarras, los grillos, huyeron en todas direcciones; las arañas, los escarabajos y los *staphilinus* abandonaron sus presas, para no ser ellos a su vez presa de las hormigas. Los nidos de avispas fueron invadidos por las hormigas después de una batalla, durante la cual muchas hormigas sucumbieron en pro del interés común. Hasta los insectos más vivos no pudieron escapar, y Forel vió a menudo mariposas, mosquitos y moscas sorprendidos y muertos por las hormigas. Su fuerza estriba en su mutua asistencia y en su confianza recíproca. Y si la hormiga—dejando a un lado los termitidos, de un desarrollo aún más elevado—se halla en la cumbre de toda la clase de los insectos por sus capacidades intelectuales, si su valor no está igualado más que por el de los más valerosos de los vertebrados y si su cerebro—para emplear las palabras de Darwin—«es uno de los más maravillosos átomos de materia del mundo, tal vez más que el cerebro del hombre», ¿acaso no es debido al hecho de que el apoyo mutuo ha sustituido a la lucha recíproca en las comunidades de hormigas?

Las mismas cosas son verdaderas por lo que concierne a las abejas. Estos pequeños insectos, que tan fácilmente podrían ser presa de tantos pájaros, y cuya miel tiene tantos aficionados en todas las clases de animales, desde el coleóptero al oso, tienen, igual que las hormigas, medios de protección, debidos al mimetismo o a otra causa

sin los cuales un insecto, viviendo aislado, podría a duras penas escapar a una destrucción total. Sin embargo, gracias al apoyo mutuo alcanzan la gran extensión que conocemos y la inteligencia que admiramos. Por el trabajo en común multiplican sus fuerzas individuales; por medio de una división temporal del trabajo y de la aptitud que tiene cada abeja para efectuar toda especie de trabajo cuando esto es necesario, llegan a un grado de bienestar y de seguridad que ningún animal aislado puede alcanzar, por fuerte y bien armado que esté. A menudo logran más éxito en sus combinaciones que el hombre, cuando éste descuida de sacar ventaja de un apoyo mutuo bien combinado. Así, cuando un nuevo enjambre está a punto de abandonar la colmena para ir en busca de una nueva habitación, un cierto número de abejas efectúan un reconocimiento preliminar de los alrededores y si descubren una habitación conveniente—una canasta vieja o algo por el estilo—toman posesión, la limpian y la guardan a veces durante una semana entera, hasta que todo el enjambre va a establecerse en ella. ¡Cuántos colonos humanos, menos prudentes que las abejas, perecen en países nuevos por no haber comprendido la necesidad de combinar sus esfuerzos! Asociando sus inteligencias, las abejas logran triunfar de las circunstancias adversas, hasta en los casos del todo imprevistos y extraordinarios. En la Exposición Universal de París (1889) las abejas habían sido colocadas en una colmena provista de una placa de cristal, que permitía al público ver su interior, entreabriendo una puercecita situada en la placa; pero como la luz producida por la abertura las molestaba, acabaron por soldar la puerta a la placa por medio de su propóleo resinoso. De otra parte, las abejas no muestran ninguna de estas inclinaciones sanguinarias ni este amor por los combates inútiles que muchos escritores atribuyen tan fácilmente a los animales. Las centinelas que guardan la entrada de la colmena matan sin piedad a las abejas ladronas que intentan penetrar; pero las abejas extranjeras que por error se acercan a la colmena no son atacadas, sobre todo si vienen cargadas de polen o si son jóvenes abejas que fácil-

mente pueden extraviarse. La guerra no existe sino en los límites estrictamente necesarios.

La sociabilidad de las abejas es tanto más instintiva cuanto que los instintos de saqueo y de pereza existen entre ellas y reaparecen cada vez que su desarrollo se ve favorecido por alguna circunstancia. Sabido es que hay siempre un cierto número de abejas que prefieren una vida de saqueo a la vida laboriosa de las obreras, y los períodos de carestía, así como los períodos de extraordinaria abundancia, hacen recrudecer la clase de las saqueadoras. Cuando nuestras cosechas están almacenadas y en los campos y praderas les queda poco botín, se encuentran con más frecuencia abejas ladronas; de otra parte, en torno de las plantaciones de caña de azúcar de las Indias occidentales y en las refinerías de Europa, el robo, la pereza, y a menudo la borrachera, se vuelven habituales en las abejas. Asimismo vemos que los instintos antisociales existen entre los melíficos; pero la selección debe constantemente eliminarlos, pues que a la larga la práctica de la solidaridad se muestra más ventajosa para la especie que el desarrollo de los individuos dotados de instinto de saqueo. «Los más astutos y los más malignos» quedan eliminados a favor de los que comprenden las ventajas de la vida social y del mutuo apoyo.

Cierto; ni las hormigas, ni las abejas, ni siquiera los termitidos, se han elevado hasta la concepción de una más alta solidaridad que comprenda el conjunto de la especie. A este respecto no han alcanzado un grado de desarrollo que tampoco hallamos, por lo demás, en nuestras cimas políticas, científicas y religiosas. Sus instintos sociales no se extienden mucho más allá de los límites de la colmena y del hormiguero. No obstante, colonias que no cuentan menos de doscientos hormigueros, y pertenecientes a dos especies diferentes (*Formica exacta* y *F. pressilabris*), han sido descritas por Forel, que las ha observado en el monte Tendre y en el monte Salève; Forel afirma que los miembros de estas colonias se reconocen unos a otros y que todos toman parte en la defensa común. En Pensylvania M. Mac Cook vió una verdadera nación de 1.600 a 1.700 hormigueros de hormigas

constructoras de colinas, viviendo todas en perfecta inteligencia, y Bates ha descrito los montículos de termitidos cubriendo grandes superficies en los «campos», siendo estos montículos refugio de dos o tres especies diferentes, y la mayor parte unidos por arcadas y galerías arqueadas. En los invertebrados se comprueban de igual modo algunos ejemplos de asociación de grandes masas de individuos para la protección mutua.

\*

\* \*

Pasando ahora a los animales más elevados, hallamos muchos más ejemplos de apoyo mutuo, incontestablemente consciente; pero nos es necesario reconocer por de pronto que nuestro conocimiento de la vida misma de los animales superiores es aún muy imperfecto. Un gran número de hechos han sido recogidos por eminentes observadores, pero hay categorías enteras del reino animal de las que no conocemos casi nada. Informaciones dignas de fe concernientes a los peces son en extremo raras, lo cual se debe, en parte, a las dificultades de la observación, y en parte a que este asunto no ha sido suficientemente estudiado. Respecto a los mamíferos, Kessler ya hizo observar lo poco que conocemos de su modo de vivir. Muchos de ellos son nocturnos, otros se ocultan bajo tierra, y los rumiantes cuya vida social y las emigraciones ofrecen el mayor interés, no dejan que el hombre se acerque a sus rebaños. De los pájaros poseemos muchas más informaciones y, sin embargo, la vida social de muchas especies es conocida de modo bastante deficiente. Pero de todos modos, no podemos quejarnos de falta de hechos bien comprobados, como veremos por lo que sigue.

No tengo necesidad de insistir sobre las asociaciones del macho y de la hembra para la cría de sus pequeños, para alimentarlos durante su primera edad o para cazar en común. Observemos de paso que estas asociaciones constituyen la regla, hasta en los carnívoros menos sociables y en las aves de rapiña. Lo que les da un interés especial es que estas asociaciones son el punto de

partida de ciertos sentimientos de ternura hasta en los animales más crueles. Asimismo podemos añadir que la rareza de asociaciones más amplias que la de la familia entre los carnívoros y los rapaces, aun debiéndose en gran parte a su mismo modo de alimentarse, puede, hasta cierto punto, mirarse como una consecuencia del cambio producido en el mundo animal por el acrecentamiento rápido de la humanidad. En efecto, es necesario hacer observar que los animales de ciertas especies viven aislados en las regiones donde los hombres son numerosos, mientras que estas mismas especies o sus congéneres más próximos viven en bandadas en los países inhabitados. Los lobos, los zorros y varias aves de rapiña son ejemplo de esto.

Sin embargo, las asociaciones que no se extienden más allá de los lazos de la familia son, relativamente, de pequeña importancia en lo que nos ocupa, tanto más cuanto conocemos un gran número de asociaciones para objetivos más generales, como la caza, la protección mutua y hasta simplemente para gozar de la vida. Audubon mencionó que a veces las águilas se asocian para cazar; su relato de dos águilas calvas, macho y hembra, cazando en el Mississippi, es bien conocido. Pero una de las observaciones más concluyentes en este orden de ideas, se debe a Siévertsoff. Mientras estudiaba la fauna de las estepas rusas, vió una vez un águila perteneciente a una especie cuyos miembros viven generalmente en cuadrilla (el águila de cola blanca, *Haliaeetus albicollis*) elevándose a gran altura; durante media hora describió sus largos círculos en silencio, cuando de golpe dejó oír un grito penetrante; a su grito respondió prontamente otra águila que se acercó a la primera y fué seguida por una tercera, una cuarta, hasta que se reunieron nueve o diez, que desaparecieron en seguida. Por la tarde, Siévertsoff se dirigió al sitio hacia el cual vió que las águilas volaron, y oculto por una ondulacion de la estepa, acercóse y descubrió que se habían reunido alrededor del caláver de un caballo. Las viejas, que según su costumbre comienzan su comida las primeras —son sus reglas de *urbanidad*—, estaban ya vigilando por

allí cerca, mientras las jóvenes continuaban su comida, rodeadas por una bandada de cuervos. De esta observación y otras parecidas, Siévertsoff sacó en conclusión que las águilas de cola blanca se unen para la caza. Cuando se han elevado a una gran altura, pueden, si son diez, inspeccionar un espacio de cuarenta kilómetros cuadrados, y tan pronto como una descubre algo, lo advierte a las demás. Se puede objetar, sin duda, que un simple grito instintivo de la primera águila o sus movimientos podría tener el mismo efecto de atraer a las otras hacia la presa; pero hay una fuerte presunción en favor de un aviso mutuo, porque las diez águilas se juntaron antes de dejarse caer sobre la presa, y Siévertsoff tuvo más tarde ocasiones de comprobar que las águilas de cola blanca siempre se reúnen para devorar un cadáver, y que algunas de entre ellas (las más jóvenes primero) vigilan mientras las demás comen. De hecho, el águila de cola blanca—una de las más valientes y mejores cazadoras—vive, generalmente, en cuadrilla, y Brehm dijo que cuando se la guarda en cautividad, contrae en seguida afecto para con sus guardianes.

Uno de los rasgos más comunes entre las aves de rapiña es la sociabilidad. Entre éstas se cuenta el milano, del Brasil, que no obstante ser tal vez, el ladrón más audaz de entre los alados, es también uno de los más sociables. Sus asociaciones para la caza han sido descritas por Darwin y por otros naturalistas, y es un hecho verificado que, cuando se ha apoderado de una presa demasiado grande, llama a cinco o seis amigos para que le ayuden a llevársela. Después de una jornada activa, cuando estos milanos se retiran para descansar de noche sobre un árbol o sobre los breñales, se reúnen siempre en bandadas, franqueando alguna vez para conseguirlo una distancia de quince kilómetros o más, y a menudo se les reúnen varios otros buitres, particularmente los percnópteros, «sus fieles amigos», como dice d'Orbigny. En nuestro continente, en los desiertos transcaásicos, según Zarusnyi, tienen la misma costumbre de cobijarse juntos. El buitre sociable, uno de los más fuertes, debe su mismo nombre a su amor por la sociedad. Estos pájaros viven

en bandadas numerosas y se complacen en estar juntos. Gústales reunirse numerosamente por el gusto de volar juntos a grandes alturas. «Viven en muy buena amistad—dice Vaillant—y en la misma caverna he hallado a veces hasta tres nidos muy cerca unos de otros.» Los buitres urubus del Brasil son tan sociables como las cornejas y tal vez más. Los pequeños buitres egipcios viven en una estrecha amistad. Juegan en bandadas, se reúnen para pasar la noche y por la mañana juntos se van a buscar el alimento; jamás se ha presentado la menor querrela entre ellos, dice Brehm, que ha tenido muchas ocasiones de observar su vida. El halcón de cuello rojo se encuentra asimismo en bandadas numerosas en los bosques del Brasil y el cernícalo (*Tinnunculus cenchris*), cuando abandona Europa y va a pasar el invierno en las praderas y los bosques de Asia, forma numerosas compañías. En las estepas del Sur de Rusia estos pájaros son (o mejor dicho, eran) tan sociables, que Nordmann los veía en bandadas numerosas con otros halcones (*Falco tinnunculus*, *F. asulon* y *F. subbuteo*), reuniéndose todas las tardes, hacia las cuatro, y jugando hasta el anochecer. Volaban todos a la vez, en línea recta, hacia un punto determinado y cuando lo habían alcanzado volvíanse inmediatamente, siguiendo el mismo trayecto, al punto de partida, para recomenzar en seguida otra vez el juego. En todas las especies de pájaros se encuentran muy comúnmente vuelos por el estilo, por el simple placer de volar. «En el distrito de Humber—escribió C. Dixon—se ven grandes vuelos de tringas, hacia fines de Agosto, sobre los bajofondos que son su estación invernal. Los movimientos de estos pájaros son de lo más interesante; evolucionan en bandadas, se dispersan y estrechan sus filas con tanta precisión, que parecen soldados ejercitados. Dispersos entre ellos vense a muchas alondras de mar, sanderlings y pluviales de collar.»

Tarea, punto menos que imposible sería enumerar aquí

(1) Durante sus emigraciones, las aves de rapiña se asocian a menudo. Un vuelo que vió H. Seebohm atravesando los Pirineos, presentaba una curiosa reunión de «cho milanos, una grulla y un halcón peregrino».

las diferentes asociaciones de pájaros cazadores; pero las asociaciones de pelícanos para la pesca merecen ser citadas a causa del orden notable y de la inteligencia de que dan pruebas estos pájaros pesados. Pescan siempre en bandadas numerosas, y después de haber escogido una enseña conveniente, forman un ancho medio círculo, de cara a la orilla, y lo estrechan nadando hacia el borde, cogiendo de este modo los peces que se hallan encerrados en el círculo. En los canales y ríos estrechos se dividen en dos grupos, y cada uno forma el medio círculo para nadar en seguida al encuentro del otro, exactamente como si dos tripulaciones de hombres, llevando a rastra los filetes de pesca, avanzaran para capturar los peces cogidos entre las dos redes cuando las dos tripulaciones se topan. Cuando llega la noche vuelan hacia un determinado sitio donde duermen—siempre el mismo para cada grupo—y nadie les ha visto disputarse por la posesión de la bahía ni por los sitios de descanso. En la América del Sur se reúnen en bandadas de cuarenta a cincuenta mil; unos duermen mientras otros vigilan o pescan. En fin, sería imperdonable no citar los gorriones francos, tan calumniados, y no mencionar la abnegación con que cada uno comparte el alimento que descubre con los demás miembros de la sociedad a que pertenece. El hecho era ya conocido de los griegos, y la tradición cuenta que un orador griego exclamó una vez (cito de memoria): «Mientras os estoy hablando, un gorrion ha venido a decir a otros gorriones que un esclavo ha dejado caer un saco de trigo y juntos se han marchado para ir a comer el grano.» Esta antigua observación se halla confirmada en un pequeño y reciente libro de M. Gurney, que no duda de que el gorrion franco informa siempre a los demás de la comarca donde hay alimento, y agrega: «Cuando los campesinos baten el trigo, por lejos que estén los gorriones de la comarca siempre tienen el buche lleno de sus granos.» Verdad es que los gorriones son muy estrictos para apartar de sus dominios toda invasión extranjera; los del jardín de Luxemburgo combaten encarnizadamente a todos los demás gorriones que quieran aprovecharse a su vez del jardín y de sus

visitantes; pero en el seno de sus propias comunidades practican a la perfección el apoyo mutuo, aunque a veces haya disputas entre ellos, como es natural haberlas aun entre los mejores amigos.

La caza y la alimentación en común son de tal modo un hábito en el mundo alado, que apenas serían necesarios más ejemplos; es un hecho establecido. Respecto a la fuerza que dan estas asociaciones, es de toda evidencia. Las aves de rapiña más fuertes son impotentes contra las asociaciones de los pájaros más pequeños. Hasta las águilas—incluso la poderosa y terrible águila marcial, que es bastante fuerte para llevarse una liebre o un antílope joven en sus garras—vense obligadas a abandonar su presa a estas bandadas de chisgarabís, los milanos que cazan en toda regla a las águilas tan pronto las han visto hacer presa. Los milanos cazan asimismo al rápido halcón pescador y le arrebatan el pescado que ha capturado; pero nadie ha visto a los milanos combatirse mutuamente por la posesión de la presa arrebatada de tal modo. En las islas Kerguelen vió el doctor Couës cómo el buphagus—la gallina de mar de los cazadores de focas—perseguía a los goelands para hacerles vomitar la comida, mientras que de otro lado, los goelands y las golondrinas de mar se reúnen para dispersar a las gallinas de mar cuando éstas se acercan a sus moradas, particularmente en el momento de construir los nidos. Los avefrías (*Vanellus cristatus*), tan pequeños, pero tan vivos, atacan sin miedo a las aves de rapiña. «Es uno de los espectáculos más divertidos verles atacar a un mochuelo, un milano, un cuervo o un águila. Se ve en seguida que se sienten seguros de la victoria y se adivina la rabia del ave de rapiña. En estas circunstancias, se sostienen admirablemente unos a otros y su valor crece con el número.» El avefría ha merecido con justicia el nombre de «buena madre» que le daban los griegos, pues jamás dejó de proteger a los otros pájaros acuáticos contra los ataques de sus enemigos. Hasta los pequeños *motacilla alba*, tan frecuentes en nuestros jardines, y que apenas llegan a una longitud de veinte centímetros, obligan al gavilán a abandonar su caza. «A menudo he admirado su valentía y

su agilidad—escribió el viejo Brehm—y estoy persuadido que solamente un halcón podría hacerle frente y capturar a uno. Cuando una bandada de estos pajarillos ha logrado que un enemigo abandone el campo, aturden con sus gritos de triunfo y luego se separan.» Reúnense con el determinado objeto de cazar a su enemigo, de igual modo que vemos a los pájaros de un bosque juntarse tan pronto advierten que un pájaro nocturno apareció y todos juntos—aves de rapiña y pequeños cantadores inofensivos—dan caza al intruso hasta que le obligan a volverse a su madriguera.

¡Qué diferencia entre la fuerza de un milano, de un mochuelo o de un halcón, y la de los pequeños pájaros, como la «bergeronnette!» Y, sin embargo, estas pequeñas avecillas se muestran superiores por su acción común y su valentía a estos rapaces de alas y armas poderosas. En Europa atacan no solamente a las aves de rapiña que pueden constituir un peligro para ellos, sino que cazan también al halcón pescador, «más por divertirse que para hacerle daño alguno», y en la India, según el testimonio del doctor Jerdon, las cornejas cazan al milano-govinda «simplemente para divertirse». El príncipe Wied vió al águila brasileña *urubitinga* rodeada de innumerables bandadas de tucanes y de cassiques (pájaro muy próximo pariente de nuestra corneja) que se burlaban de ella. «El águila—añade—soporta ordinariamente estos insultos con tranquilidad, pero a veces da un zarpazo y coge a un burlón.» En todas estas ocasiones, los pequeños pájaros, aunque muy inferiores en fuerza al ave de rapiña, se muestran superiores a ella por su acción común.

Donde mejor se comprueban los beneficios de la vida en común para la seguridad del individuo, el placer de la vida y el desarrollo de las capacidades intelectuales, es en las dos grandes familias de las grullas y de los papagayos. Las grullas son en extremo sociables y viven en excelentes relaciones, no tan sólo con sus congéneres, sino con la mayor parte de los pájaros acuáticos. Su prudencia es verdaderamente asombrosa, así como su inteligencia; en un instante se dan cuenta de las circunstancias nuevas y obran en consecuencia. Sus centinelas vigilan siempre

atentosamente, mientras la bandada está comiendo o descansa, y los cazadores saben lo difícil que resulta aproximárseles. Si el hombre logró sorprenderlas, ya no vuelven al mismo sitio sin antes enviar una compañera y luego toda una vanguardia exploradora, y cuando ésta regresa avisando que no hay peligro, aún envían otra vanguardia para comprobarlo, mientras la bandada entera espera el resultado de estas exploraciones repetidas. Las grullas contraen verdaderas amistades con especies parientes, y en cautividad no hay pájaro (excepto el papagayo, sociable también y en extremo inteligente) que se haga tan amigo del hombre. «No ven en el hombre un dueño, sino un amigo, y se esfuerzan por demostrárselo»—concluye Brehm después de una larga experiencia personal. La grulla está en continua actividad desde la mañana hasta muy entrada la noche, pero solamente consagra algunas horas a la busca del alimento, vegetal en gran parte. Todo el resto del día lo consagra a la vida social. «Recogen pequeños trozos de madera o piedrecitas, las arrojan al aire e intentan atraparlas al vuelo; tuercen sus cuellos, abren sus alas, danzan, saltan, corren y manifiestan por todos los medios sus felices disposiciones de espíritu, conservándose siempre bellas y graciosas.» Como viven en sociedad, casi no tienen enemigos, y Brehm, que tuvo ocasión de ver a una capturada por un cocodrilo, escribe que, a excepción de éste, no sabe que las grullas tengan otros enemigos. Su proverbial prudencia les burla. Ordinariamente alcanzan una edad avanzada. Así no tiene nada de extraño que para la conservación de la especie, la grulla no tenga necesidad de criar numerosos retoños; generalmente empolla dos huevos. Respecto a su superior inteligencia, basta decir que todos los observadores están unánimes en reconocer que sus capacidades intelectuales recuerdan mucho las del hombre.

El papagayo, cuya inteligencia extraordinariamente desarrollada, lo coloca a la vanguardia de los volátiles, es otro de los animales en extremo sociables. Brehm ha resumido tan bien las costumbres del papagayo, que prefiero citar la frase siguiente: «Exceptuado el tiempo del

apareamiento, viven en numerosas sociedades. Escogen un sitio en el bosque para habitarlo y de él parten todas las mañanas para sus expediciones de caza. Los miembros de una misma agrupación están fielmente unidos y en común comparten buena y mala fortuna. Se reúnen todos juntos por la mañana en un campo, en un jardín o sobre un árbol para alimentarse de frutos. Apostan centinelas que vigilan por la seguridad de la bandada y están muy atentos a sus advertencias. En caso de peligro, vuelan sosteniéndose unos a otros y se vuelven a sus moradas. En una palabra, viven estrechamente unidos.»

También gustan de la sociedad de otros pájaros. En la India, los cuervos y los grājos vienen juntos de una distancia de varias millas para pasar la noche en compañía de los papagayos entre los espesos bambús. Cuando los papagayos cazan dan pruebas de una inteligencia, de una prudencia, de una aptitud maravillosas para luchar contra las circunstancias. Tomemos, por ejemplo, una bandada de cacatúas blancas de Australia. Antes de partir para saquear un campo de trigo, comienzan por enviar un grupo de reconocedores del terreno, que ocupa los árboles más altos en la vecindad del campo, mientras otros exploradores se sitúan entre los árboles intermediarios entre el campo y el bosque y transmiten las señales de los primeros. Si todo marcha bien, una veintena de cacatúas se separan del grueso del grupo, toman vuelo y se dirigen hacia los árboles más próximos al campo de trigo. Esta vanguardia examina asimismo la vecindad durante mucho tiempo, y solamente después de haber dado la señal de avance en toda la línea se lanza la bandada entera al unísono y saquea el campo en un instante. Los colonos australianos se ven apuradísimos para engañar la prudencia de los papagayos; pero si el hombre, con todos sus artificios y sus armas, logra matar algunos los cacatúas se vuelven tan prudentes y tan vigilantes, que a partir de aquel momento burlan todas las humanas estratagemas.

No hay duda que el hábito de vivir en sociedad es lo que permite a los papagayos alcanzar este elevado nivel de inteligencia y estos sentimientos casi humanos que les

conocemos. Su grande inteligencia ha hecho que los mejores naturalistas describieran algunas especies, particularmente el papagayo gris, calificándole «el pájaro hombre». Tocante a su abnegación mutua, es sabido que cuando un papagayo ha sido muerto por un cazador, los demás vuelan por encima del cadáver de su camarada lanzando gritos lastimeros y «ellos mismos son víctimas de su amistad», como dice Audubon. Cuando dos papagayos cautivos, aunque pertenecientes a dos especies diferentes, han contraído una amistad recíproca, la muerte accidental de uno de los dos amigos es seguida a veces de la muerte del otro, que sucumbe de dolor y de tristeza. No es menos evidente que su estado de sociedad les suministra una protección infinitamente más eficaz que cualquier desarrollo de pico y de garra, por perfecto que uno pudiera imaginárselo.

Pocas son las aves de rapiña y los mamíferos que osan atacar a los papagayos; en todo caso atacarán a las especies más pequeñas, y Brehm tiene razón al decir de los papagayos, como dice igualmente de los grullas y de los monos sociables, que no tienen otros enemigos que el hombre, y agrega: «Es muy probable que los papagayos más grandes mueren sobre todo de vejez, mejor que sucumbir a la zarpa de enemigos.» Unicamente el hombre, gracias a las armas y a la inteligencia superior, que asimismo debe a la asociación, logra destruirlos en parte. Su misma longevidad es un resultado de su vida social. ¿No podríamos decir otro tanto de su memoria, cuyo desarrollo debe estar asimismo favorecido por la vida en sociedad y por el pleno disfrute de sus facultades mentales y físicas hasta una edad muy avanzada?

Como se ve por lo que precede, la guerra de cada uno contra todos no es la ley de la Naturaleza. El apoyo mutuo es tan ley de la Naturaleza como la lucha recíproca, y esta ley nos aparecerá aún más evidente cuando hayamos examinado algunas otras asociaciones en los pájaros y en los mamíferos. Se puede ya entrever la importancia de la ley del apoyo mutuo en la evolución del reino animal, pero la significación de esta ley será más clara aún cuando, después de haber examinado otros ejemplos, tengamos que sacar la conclusión.

21.614